

EXI

2.^a
edición

BIENVENIDOS A GLITCH CITY



DESTINO



EXI

BIENVENIDOS A GLITCH CITY

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2021
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2021, Roger Cascón Segura
© de la redacción: Pol López Grau, 2021
© de las ilustraciones: Ernesto Sin, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2021
ISBN: 978-84-08-24038-9
Depósito legal: B. 3.936-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Bienvenida	7
Camino al misterio	9
Glitch City	17
Una inteligencia artificial de transporte	22
Un nuevo hogar	30
Camino al instituto	38
La sala grande	45
Un proyecto para el semestre	55
Oscarito	66
La esfera	71
La biblioteca	80
La inscripción	87
La regla sorpresa	97
Energía	102
Diseño	113
Megadiamantium	124
El boicot	134
La ardilla	145
La drone derby	155
Final del semestre	170

CAMINO AL MISTERIO

En un punto incierto del mapa, cerca de una gran montaña, había un bosque de abetos gigantes de un color verde oscuro. Era la tarde del último día del verano y el sol permanecía oculto detrás de una espesa niebla. En medio de la imponente naturaleza serpenteaba una carretera llena de baches que no llevaba a ninguna parte. El ambiente era tranquilo y solo el aleteo brusco de algún pájaro añadía emoción a la escena. De pronto, un coche familiar azul eléctrico, con los faros antiniebla encendidos, cruzó la carretera a toda velocidad. El zumbido del motor resonó entre los árboles y una bandada de cuervos negros salió volando.

El maletero del coche iba hasta arriba de cajas que bailaban de un lado para otro. En el asiento de atrás estaba yo, o sea, el jovencito Exi (el protagonista de esta historia). Estaba muy, muy cabreado. Principalmente porque me mudaba otra vez. Cada cambio de ciudad era como entrar en una nueva realidad. En ese mundo tenía catorce años y mis padres trabajaban para una gran empresa tecnológica. Era mi mamá la que conducía y mi padre ju-

gueteaba con la radio, que no funcionaba del todo bien (mi hermano mayor no iba en el coche, pero eso era una larga historia). Como se ve que el curro de mis padres era lo más de lo más, mi familia y yo siempre íbamos de un sitio para otro. Todos estos trotes me convirtieron en un chico un poco tímido, pero si se me conocía bien era la bomba. Me encantaba correr y saltar (reflejos de felino, decían algunos doctores) y además me pasaba el día haciendo bromas tronchantes.

Pero como siempre cambiaba de ciudad nunca tuve tiempo de formar un auténtico grupo de amigos de verdad. Acababa de cumplir los catorce años y medio y, hasta ese momento, lo más parecido que tenía a un amigo era mi minidrón de juguete.

Pero había algo que el joven yo odiaba más que mudarse y que todo: las injusticias. Fuera donde fuera, si veía a alguien haciendo el mal o fastidiando a los débiles, tenía que poner remedio. Tenía ese sentimiento de justicia clavado en el corazón. No lo podía evitar, o sea, en esa época y en ese universo me metía en mil líos, literal.

Pero ese día no tenía cara de perro por ninguna injusticia o por mudarme otra vez. Llevábamos más de una hora en esa carretera abandonada y a mi móvil se le fundió la batería, así, de repente. Para colmo no tenía ni la más remota idea de dónde nos dirigíamos. Mi mamá lo repitió como cien veces: «Es alto

secreto empresarial hijo, pero cuando lo veas vas a alucinar».

Sabía que mis padres trabajaban para Konecticorp, la corporación de alta tecnología más grande del mundo, pero jamás supe a qué se dedicaban exactamente. ¿Informáticos? ¿Ingenieros? ¿Vendedores? Ni la más mínima idea...

—¿Falta mucho? —repetí por octava vez en media hora.

—Hijo, paciencia —contestó mi madre sin quitar ojo a la carretera.

—¿Te has fijado en que el GPS hace el tonto todo el rato? Y mi móvil ha muerto, así, ¡pum! Y no hay manera de revivirlo. ¿No se supone que tu empresa es supernextgen?

—Justamente por eso, Exi. Konecticorp no quiere que nadie encuentre este lugar.

No sabía qué responder a eso. Tanto secretismo me tenía frito y, por si fuera poco, a mi lado había una misteriosa caja blanca con un interrogante dibujado. La cogí y la zarandé. Me fijé mejor, en una esquina había un logo hecho con la letra K. Eso no formaba parte de nuestras cosas de la mudanza. Se ve que era un regalo cortesía de Konecticorp, pero estaba prohibido abrirlo hasta llegar al destino.

Todo eso se me hacía una montaña: ciudad nueva, casa nueva, instituto nuevo, amigos que casi eran

amigos de verdad, pero ahora se quedaban atrás, el primer amor que parecía que nunca iba a llegar, la caja misteriosa que no se podía abrir... ¡Demasiadas cosas!

El coche frenó de un sopetón, nos encontrábamos en un cruce. Podíamos o bien seguir recto por esa carretera o meternos por un estrecho camino de tierra que se adentraba en el bosque.

Sin pronunciar una palabra, mi madre miró el camino y después a mi padre. Me dio la sensación de que se comunicaban telepáticamente. No dijo ni mu, agarró el volante y giró por el desvío.

El camino era tan angosto que las ramas de los árboles chocaban constantemente contra las ventanas, un recorrido tan siniestro como tedioso. Con el móvil fuera de combate, sin acceso a internet, ninguna consola u ordenador portátil... ¡ni siquiera la radio funcionaba! ¡Era una tortura para un chaval de catorce años y medio como yo! Pero poco a poco la expresión de aburrimiento del joven yo cambió, mi madre cogió confianza y pisó el acelerador a fondo, el motor rugió. ¡Íbamos superrápido!

—¡Calma!

—¿No querías un poco de emoción? —soltó mi padre entre carcajadas.

—Mamá, ¡por favor!

—Bien que con tu dron vas que te las pegas —añadió ella.

—Ya, pero es un juguete, ¡no un coche! —me defendí.

Mi madre volvió a frenar en seco. Ese caminito terminaba en la pared de la montaña y se transformaba en un oscuro túnel que perforaba la roca. Era bastante estrecho y mis padres dudaban de si el coche podría pasar por ahí.

—Hora de estirar las piernas —sentenció mi madre.

Bajamos del vehículo e improvisamos unos estiramientos, llevábamos más de tres horas en la carretera y estábamos petados. Miré directamente a la oscuridad de ese misterioso hueco en la montaña. Parecía que una suave brisa me invitaba a explorar su interior. Mis padres examinaron el túnel a conciencia y murmuraron cosas que no conseguía oír del todo bien.

—...y... si lo que... ¿a pie?

—...Tendría su lógica...

—Mmm, vosotros, he de ir al baño —interrumpí su conversación.

—¿Al baño? ¿Ahora?

—Sí, ahora.

—¿Número uno o número dos?

—¡Ay, mamá! ¡Eres lo peor!

Pasé de ellos y me metí en el bosque en busca de intimidad. La niebla era tan espesa que a los pocos pasos los perdí de vista. Todo tenía un extraño tono

verde oscuro que ponía los pelos de punta. Me arriqué a un árbol y me puse a lo mío mientras silbaba (mi manera de ahuyentar el miedo). Me fijé en una bonita ardilla posada en una rama. Parecía muy simpática mientras rompía una bellota con sus dienteitos. Esa pequeña criatura conseguía que ese oscuro bosque pareciera un lugar mejor.

Me abroché los pantalones y me despedí del entrañable roedor. La ardilla parpadeó y me di cuenta de que sus ojos le brillaban más de la cuenta. Me acerqué un poco para observarla mejor y se quedó mirándome. De pronto, su cabeza giró 360 grados, varias veces.

Me llevé tal susto que resbalé torpemente. Me recompose lo más rápido que pude, pero ya no había rastro de ese maldito bicho. Miraba a mi alrededor y todo parecía igual: niebla y árboles. Me había desorientado completamente. ¿Dónde demonios estaban mis padres? ¿Cómo averiguar qué era el norte y qué el sur? ¿Mirando las estrellas? ¡¿Qué estrellas?! Me estaba estresando.

—¡MAMÁ! ¡PAPÁ! —gritaba desconsolado.

—Hijo, estamos aquí.

En realidad, no me había alejado ni tres metros del coche, vaya fail. Respiré aliviado. En mi corta ausencia mis padres habían tomado una decisión: cruzarían el túnel a pie. Ni siquiera me esperaron y me apresuré a seguirlos.



—¡Esperad! ¿Y nuestras cosas?

—Tranquilo, Konecticorp se encargará de todo —me tranquilizó mi padre.

—¡Ah, sí! Exi, coge el paquete ese, el del interrogante —me pidió mi madre.

Di media vuelta, abrí el coche y me hice con la caja lo más rápido que pude. Por nada del mundo quería quedarme allí solo. Mientras aceleraba para alcanzarlos no dejaba de mirar el interrogante y el logo de Konecticorp. Por fin iba a descubrir qué significaba todo eso.

Paso a paso me adentré en la oscuridad de ese pasaje, guiado únicamente por la luz del móvil de mi papá. Mientras nos alejábamos del coche, en la entrada del túnel, sin darnos cuenta aparecieron dos puntos brillantes. Como dos ojos que nos observaban atentamente.

GLITCH CITY

El túnel era eterno y el móvil fallaba constantemente, parpadeaba y perdía potencia sin ningún sentido. El joven yo tenía derecho a tener un poco de miedo, pero me mantuve firme todo el rato.

Después de mucho andar alcanzamos a ver la luz al final del camino.

—Vale, ahora —me dijo mi madre.

—¿Ahora qué? —contesté sorprendido.

—Ábrela, la caja.

No perdí ni un minuto y obedecí. Por fin iba a desvelar qué ocultaba ese misterio misterioso tan lleno de secretos. Pero, para mi desgracia, no era nada del otro mundo. El contenido consistía en tres bloques de cristal de forma rectangular y bastante finos. Como móviles transparentes. Cada miembro de la familia cogió uno y los ojeamos. Lo meneé, pulsé y giré, pese a que parecía de cristal, se podía doblar. Al final probé de lamerlo y, aunque tenía un agradable tacto rugoso (así, como prensil), tenía un sabor amargo.

—Todavía estamos un poco lejos, sigamos —ordenó ella.

Le hicimos caso y seguimos caminando. Después de avanzar varios metros, esos bloques empezaron a brillar de manera muy intensa. ¿Qué tecnología era esa? Era incapaz de entender nada.

—Ya falta poco —aseguró mi madre.

Mientras andábamos no podía dejar de mirar mi cristal, poco a poco se podía leer un mensaje.

«BIENVENIDOS A GLITCH CITY»

Levantamos la vista. ¡Por fin habíamos salido de ese túnel interminable!

Ni rastro de la niebla, ahora se veía un bonito atardecer en un gran valle entre dos picos gemelos. No daba crédito a lo que veían mis ojos, me explotó la cabeza. En medio de las dos montañas había una extraña ciudad rodeada por el bosque.

Se podía distinguir una zona residencial con antiguas mansiones, un lago azul al fondo, un cementerio e incluso un parque de atracciones abandonado (con su noria y su montaña rusa de madera). Pero lo más flipante es que al lado había rascacielos en forma de cubos, pirámides y pentágonos. Todos hechos como de cristal y paneles solares que lucían super-futuristas. Entre todas esas cosas destacaban unas torres de metal muy altas con un chirimbolo en la parte de arriba. De la punta no paraban de saltar chispas y rayos. Por todo el valle se podían ver luces



flotando, pero no se distinguía bien qué era lo que las emitía. ¿Motos voladoras? ¿Naves espaciales? ¿Cómo explicar todo eso? ¿Dónde demonios nos habíamos mudado?

—Comando. Konecticorp. Nueva entrada —dijo mi madre a su cristal—; soy la empleada 05.75 y familia. Solicito transporte para incorporación a sede central.

El joven yo tenía los ojos como platos. ¿Se podía saber en qué trabajaban mis padres? Los tres cristales empezaron a parpadear y ahora se podía leer un nuevo mensaje.

«TRANSPORTE EN CAMINO»

—Mamá, papá, me tenéis que explicar muuuuchas cosas.

—Todo a su debido tiempo —contestó mi padre con aires de misterio.

—Y un carajo. Todo a su debido AHORA. Punto uno: ¿a qué os dedicáis de verdad?

—Si te lo hemos contado un montón de veces —trató de tranquilizarme mi madre.

—Mentira. Siempre me soltáis un rollo de palabras raras para aburrirme y que deje de incordiar.

—Eso no es verdad, hijo...

—Bueno, parte de razón lleva... —dudó mi padre.

—¿En lo de las palabras raras o en que es un incordio? —contestó ella.

—Las dos.

—¡Eh! ¡Estoy aquí! ¡Os oigo!

Cogí una buena rabieta y pasé de ellos. Yo mismo iba llegar al fondo de ese asunto.

—Exi, ¡cariño!

—¡Que me dejéis en paz! —grité mientras me alejaba de ellos.

—¡Espera! Es que es muuuy largo de explicar.

A la salida del túnel había un camino que se convertía en una carretera. Si la seguía, acabaría llegando a la ciudad. No me lo pensé dos veces y aceleré el paso, ofendido por los comentarios de mi propia familia. Pero con esa estampa de fondo era imposible mantener el enfado mucho tiempo. Era como si hubieran cogido mis series de ciencia-ficción y terror favoritas y las hubieran fusionado así, como por arte de magia. No tenía muy claro dónde me estaba metiendo, ni cómo sería mi nueva ciudad... pero tenía la intuición de que mi vida cambiaría para siempre.